

## PELUSA SE QUEDA

- No quiero que entre a esta casa. Nunca consigo tenerla limpia. Y a vos se te ocurre traer a esa perra sucia y pulgienta que va a desparramar pelos por todos lados que se volverán pelusas y más pelusas.

Pensé: **así se llamará.**

Decidí presentarle batalla a esa madre mía que siempre echaba esas pelusas de las que hablaba sobre cada uno de mis deseos, sin dar nada a cambio.

Es que era mala y le gustaba serlo. Pero esta vez: ¡basta!

- Mirá, lo de la perra se aspira y ¡listo, chau, desaparece! En cambio vos vas a vivir con el **corazón empelusado** toda la vida.

Huí antes de que largara el insulto de siempre. Ese que empezaba con **mocosa** y terminaba con **mierda**.

Me senté en el umbral de la puerta a esperar la llegada de mi viejo. Le plantearía mi decisión irrevocable. Algo tenía que cambiar.

Papá trató de calmar los ánimos pero ninguna cedía. Por lo tanto (tal vez por su sorpresa ante mi rebelión en veinte años); dijo las palabras relucientes: **PELUSA SE QUEDA.**

Fue un triunfo para mí; el primero.

La cosa es que mi perra si bien al principio captaba el rechazo, paulatinamente fue ganando confianza y territorio.

No mucho tiempo después le había quitado la corona a mi vieja que chillaba un poco por la **casa de pelos** pero logró mostrar ciertos rasgos de humanidad y de cariño (con la perra, claro)

El afecto entre las dos fue creciendo tanto que parecían la prolongación de un mismo cuerpo.

Pelusa era mía. Yo fui quien se enfrentó a los molinos de vientos. Y resultó que la que bufaba por el pelusal era yo.

Una noche – ya acostados- sentimos ruidos raros. Cuando quisimos reaccionar los intrusos estaban en la planta alta.

Sentimos pánico y el caos se apoderó de nosotros. A gatas mamá y yo nos arrastramos bajo la cama donde nos abrazamos con un sentimiento desconocido

Desde nuestro escondite pudimos ver a papá pegando a uno de ellos con el atizador hasta atontarlo.

El otro reaccionó con un movimiento brutal que le rompió los brazos y lo dejó inutilizado para defendernos.

Pelusa, al olfatear el peligro que corríamos, asumió su rol de **ama de la casa** y se hizo cargo de la situación. Se transformó en una brava guerrera. Erizó sus pelos al encorvarse para atacar. Mostró sus dientes y descubrí que tenía las fauces temerarias de un mastín.

Se lanzó ferozmente sobre el agresor, tirándolo al piso. Me solté de mamá para ayudarla en su lucha y rompí una pesada maceta en la espalda del atacante (ignorando hasta el día de hoy cómo hice para levantarla)

En tanto Pelusa –con el diablo en los ojos- enfrentó al otro que se estaba recuperando y quien tuvo la desgraciada reacción de dispararle. Mis viejos y yo oímos la muerte. Pero ella -.muy herida- no dudó qué hacer.

Sin saber de dónde sacó su valor, le saltó al cuello haciendo que tirara el arma. Yo atiné a patearla lejos.

La perra seguía mordiendo al uno y al otro. La sangre de los tres se mezclaba. Pero Pelusa no se rendía. Estaba dispuesta a defender a sus amores con la fiereza de una jauría aunque eso implicase su muerte. Mordía a diestra y siniestra.

Al verla perdí el miedo. Contagiada por su instinto los empecé a golpear con lo que encontraba a mano. Ella seguía rasgando carne y clavando dientes. Fueron segundos sin tiempo.

Mamá corrió hacia papá para correrlo del centro de esa parafernalia de gritos, aullidos y espanto porque sus brazos inertes nada podían hacer.

Pelusa se desangraba en una entrega mortal que la hizo olvidarse de sí. No sé cómo llegué al teléfono; el mundo me daba vueltas y necesitaba que parase para respirar. La policía llegó diez minutos después, cuando los vecinos –alertados por el horror– entraron casa dispuestos a linchar a los intrusos, quienes suplicaban a los policías que se los llevaran presos para evitar el linchamiento del vecindario enfurecido.

Cuando eso hizo la fuerza policial, la violencia estalló y ante insultos y pedradas de la población enfurecida, debió pedir refuerzos para sacar a los dos hombres.

Ellos fueron presos, papá hospitalizado en el mismo hospital al que trasladaron a los ladrones y la incondicional perra –casi sin vida– fue directo a la sala de operación, bajo el aplauso del barrio.

Mi vieja a los gritos pidió acompañar en la ambulancia a papá y yo fui todo el camino a la veterinaria implorando a Dios que dejara vivir a mi perra. Cuando entró al quirófano le rogué que guiara las manos del cirujano.

Necesitaba un milagro así que desaté toda mi fe para salvarla.

No hace falta decir que si antes era la reina de la casa ahora es la diosa del barrio.

Los medios la dieron a conocer como **la perra heroína** y un entrevistado dijo: **Ninguna perra, SANTA PELUSA.**

Y es cierto. Sus milagros hizo. Mamá y papá fueron despeluzando su atávico matrimonio y disfrutaban sacándola a pasear de tarde. Tienen un tema de encuentro que fue el punto de inflexión.

Yo, una novecita, salí a caminar con ella. Mientras la gente se acercaba para tocarla y mimarla, conocí a un admirador suyo con el que quedamos tan flechados que **Pelusa nos embarazó.**

Hoy, aunque muy precavidos, estamos bien. Nuestra valiente defensora ocupa el sillón principal.

Sin mostrar indicios de su fiereza hace de la casa y de nosotros lo que quiere. Se lo ganó, así que todos (incluso mi marido) limpiamos sin quejas su pelusal.

La vida nos trajo en ella la enseñanza de valorar el amor a pesar de los disensos y mi bebé selló el aprendizaje.

Ambos consiguieron lo que parecía imposible: mamá y yo estamos aspirando los pocos restos de pelusas que quedan en nuestra relación y aprendemos a disfrutarnos mutuamente.

En honor a la verdad, esta grandiosa perra nos dio una segunda chance que por respeto a su valor no vamos a desaprovechar.

BARBARELA ACUÑA